

“ba este pueblo del Teul, en la mesa que hace una peña tajada en la circunferencia, con solo una entrada por la que se subía por unos escalones grandes: su poblacion y asiento fortísimo, y en medio de la mesa, en una plaza bien capaz, manaba una fuente de agua dulce, la que se recogía en una alberca fabricada de pulidas piedras, y la circunferencia de la plaza ocupaban las casas de seis mil indios moradores.” (1)

Los tepehuanes partían términos al N. con los tarahumanes y conchos; al E. con los irritilas y zacatecas; al S. con los zacatecas y los coras; al O. con los nahoa, los xiximes, acaxee y tebaea, y otra vez los nahoa: así la tribu se extendía desde Chihuahua, por Durango y Zacatecas, hasta confinar con Xalisco. De éstos se dice que tenían las mismas costumbres de los de Sinaloa, aumentando en particular el P. Fonte lo siguiente acerca de los del partido de Ocotlan. “Estos gentiles guardan la ley natural con grande exactitud. El hurto, la mentira, desonestidad está muy lejos de ellos. La más ligera falta de recato ó muestra de liviandad en las mujeres, será bastante para que abandone el marido á las casadas y para jamas casarse las doncellas. La embriaguez no es tan comun en estas gentes como en otras más ladinas, no se ha encontrado entre ellos culto de algun dios, y aunque conservan de sus antepasados algunos ídolos, más es por curiosidad ó por capricho, que por motivo de religion. El más famoso de estos ídolos era uno á quien llamaban Vamari, y había dado el nombre á la principal de sus poblaciones. Era una piedra de cinco palmos de alto, la cabeza humana, el resto como una columna, situada en lo más alto de un montecillo sobre que está fundado el pueblo. Ofrecíanle los antiguos, flechas, ollas de barro, huesos de animales, flores y frutos.” (2) Contradícese el buen religioso, supuesto tener dioses que adoraban.

Las emigraciones nahoa dejaron huellas en aquella comarca. Cerca del Zape, “en la sima de la roca, nace una fuente, y al derredor hallaron los padres muchos ídolos y fragmentos de columnas al modo de las que usaban los mexicanos. En el valle observaron tambien algunas ruinas de edificios, que les hicieron creer que habían hecho allí asiento los mexicanos, en aquella fa-

(1) Mota Padilla, cap. X.

(2) Alegre, Hist. de la Compañía de Jesus, tom. 1, pág. 452.

“mosa jornada desde las regiones septentrionales que están constantes en sus historias.” (1) Nota el autor que los nombres de Atotonilco, Ocotlan, y otros, son mexicanos y dice: “Cabando delante de la iglesia que ahora se fabrica, se hallaron á cada paso ollas bien tapadas con cenizas y huesos humanos, piedras de varios colores con que se embijan, metales y otras cosas, y lo que les causaba más admiracion eran las estatuas y figuras que descubrían de varios animales. A mí me la causó ver una que parecía vivamente un religioso con su hábito, cerquillo y corona muy al propio. Y lo que he podido entender de indios muy viejos, es que pararon aquí los antiguos mexicanos que salieron del Norte á poblar ese reino de México, y no debieron de ser pocos, pues una media legua está llena de estos como sepulcros y ruinas de edificios y templos.” (2)

Los acaxeos pertenecían á los actuales Estados de Durango y de Sinaloa; tenían al N. y al E. á los tepehuanes; al O. los tebaea y los sabaibos; al S. los xiximes. Ocupaban la sierra llamada Topia, cuyo nombre se deriva de que una india vieja se convirtió en piedra, en forma de jicara que ellos en su lengua llaman *topia*, y era adorada en el valle más ancho y bien poblado de aquella region. La palabra *acaxee* parece ser la mexicana *acaxill*, alberca, y *topia* corrupcion de *topli*, ídolo ó efigie de una divinidad.

Vivían los acaxeos junto á los ojos y charcos de agua, en pequeñas fracciones y sobre los picachos y mogotes difíciles de trepar, pues aunque eran de una misma nacion y lengua, las rancherías se hacían entre sí continuada guerra; era la causa que por pequeño que fuera el agravio que alguno recibía, luego recogía á sus parientes y con ellos tomaba cumplida venganza; y á su turno este segundo obraba de la misma manera, y así nunca terminaba la querrela. Iban á la guerra con todas sus riquezas de tilmas, chalchihuites, plumería y armas. Estas consistían en arcos, flechas, carcaxes de pellejos de leones, lanzas de brazil colorado, y se adornaban con “una cola hecha de gamuzas teñidas negras, y sacadas unas tiras largas que salen de un espejo redondo, puesta en una rodaja de palo tan grande, como un

(1) Alegre, Hist. de la Comp. tom. 1, pág. 415.

(2) Loco cit., tom. 2, pág. 54.

“plato pequeño, y esa asentada en el fin del espinazo, baja la co-
 “la hasta las corbas en un cordel con que van ceñidos.” La ma-
 cana llevaban atravesada como daga, la tilma atravesada por el
 pecho y la cara, las piernas y los brazos pintados ó embijados
 de amarillo ó de negro de olin del comal con ceniza; el chimalli
 guarnecido de plumería, “los cuales son como las vaseras de vi-
 “drios y cálices con los cuales se revuelven y adargan metido
 “todo el cuerpo debajo de ellos.” En la mano izquierda tenían el
 arco y la lanza, con la derecha flechan, y en cayendo un enemi-
 go, con una hacha pequeña le cortan la cabeza, y ésta se llevan
 si no pueden todo el cuerpo. En volviendo á sus tierras, “si traen
 “algun cuerpo, media legua ántes de llegar al pueblo, para que
 “las mujeres que ayunaban mientras iban á la guerra y las de-
 “mas que están en el pueblo les salgan á recibir; ellos esperan
 “en un puesto que para ello tienen señalado, donde hay muchas
 “piedras hechas á manera de canal, largas, de más de cuatro piés
 “y cubierta como albañal, por las cuales van metiendo los cuer-
 “pos que traen, y dan á las mujeres las manos para que las lle-
 “ven colgadas al cuello como nóminas.” Llegados á sus casas que
 son de terrado y con puertas muy estrechas, junto al árbol de
 zapote que tienen en el patio (y al pié del cual dejaron una fle-
 cha ó un hueso de hombre muerto para que su ídolo les diese
 victoria) sobre una piedra lisa dejan la carne mientras la ponen
 á cocer; luego desmenuzan el cuerpo, cortándole por las coyun-
 turas y le ponen en dos ollas, teniendo cuidado del fuego dos vie-
 jos destinados al intento, durante toda la noche que los demas
 gastan en baile y regocijo con la cabeza del muerto en las ma-
 nos. A la mañana sacan los huesos mondos, que guardan en sus
 casas fuertes con las cabezas ó los cráneos en señal de sus victo-
 rias. La carne deshecha ya, la revuelven con maiz ó frijoles co-
 cidos, y á cada uno de los que asistieron al baile dan su porcion
 en un cajete; la primera racion pertenece al ídolo y al guerrero
 vencedor, á quien hacen un agujero en el labio inferior en medio
 de la barba que pasa de un lado á otro, por el cual meten un
 hueso con un boton por dentro que sale de fuera como tres dedos,
 se hacen tantos agujeros cuantos hombres han matado.

Ayunan rigurosamente, y mientras dura, ni comen cosa con sal,
 ni tocan persona, ni hacen nada, solo comen un poco de maiz
 tostado ó pinole, que beben en una calabacilla que traen colga-

da en señal del ayuno: éste guardan cuando van á la guerra, ó si
 ven algun xixime que son sus enemigos; cuando siembran, cose-
 chan, pezcan ó tienen devocion. Llaman á sus ídolos Tesaba y al
 principal Neyuncame, el que todo lo hace: el númen protector de
 las sementeras era de forma de conejo ó venado, á fin de que és-
 tos animales no las talaran; el que cuidaba de la caza de los sier-
 vos, unas grandes astas del mismo cuadrúpedo; una águila muer-
 ta era el dios de la volatería y un navajon de pedernal cuidaba
 de que las flechas no se descompusieran. Otros ídolos había en
 figuras humanas ó solo las cabezas, entre las cuales había uno
 que “era la cabeza de un hombre bien hecha, con un cucurucho
 “como de capilla de un fraile capuchino.” Cuidaban de los dio-
 ses unos sacerdotes, que finjen tener el poder de sanar las en-
 fermedades por medio de conjuros, hablar con los ídolos y reme-
 diar las necesidades de la comunidad, por el imperio que tienen
 sobre los elementos.

“Tienen estos ídolos unos altares muy fijos, hechos de figura
 “circular, comenzando con un círculo muy pequeño, de compas
 “de dos palmos, y sube una vara en alto, hecho de piedras lla-
 “nas con barro y luego otro mayor que cerca aquel del mismo
 “altar, y luego otro y otro hasta que viene á ser un compas de
 “dos varas. En este altar tenían los ídolos y ofrecían las ofren-
 “das, y cuando no había otra cosa, ofrecían y ofrecen todavía
 “una hoja de árbol puesta una piedrecita encima; otras veces un
 “manejo de zacate, y encima la piedra para que no se vaya. En
 “las juntas de los caminos suelen tener un monton de piedra, en
 “el cual ponen un manojito de zacate y una piedra encima para
 no cansarse en el camino.”

Comunmente andan desnudos; en la cintura llevan ceñido
 un cordel delgado, con flecos y borlas de un gema de largo y
 cuatro ó seis dedos de ancho en la parte delantera; cúbrense al-
 gunos con tilmas de algodón ó pita sacada del maguey, teñidas
 algunas veces de azul, ó de pieles adobadas. Se sientan sobre la
 planta del pié derecho, doblando la rodilla y poniendo el empe-
 ñe del pié contra el suelo, causa por la cual tienen allí muchos
 callos. Conservan largo el cabello, cuidándolo con esmero y se
 lo trenzan con cintas blancas de algodón. Traen al cuello gran-
 des sartas de caracoles y conchas de algunos mariscos, y lo mis-
 mo en las muñecas de las manos: se agujeran la ternilla de la na-

riz, y se cuelgan con un cordón una piedra verde de las que llaman chalchihuites; llevan en las orejas muchos zarcillos negros, cada uno con una cuenta blanca, ó arillos de plata ó de cobre "tan grandes como manillas, y en grandísima afrenta entran ellos "cuando alguna vez, estando borrachos, les desgarran las orejas." Traen algunos ligas en las piernas, hechas de las piernas de los venados que han muerto, y lo mismo en la garganta del pié, porque dicen que así trepan por las montañas con facilidad: cansándose se sangran de las piernas con una flecha aguda, practicando lo mismo en la frente cerca de las cienes cuando les duele la cabeza.

Yendo de camino las mujeres llevan la carga en un *cacastle*, que tiene la forma de un *huacal* angosto en lo bajo y ancho por arriba; en éstos va el bastimento, que es el maíz blanco en mazorca, encima los utensilios para guisar y comer, y arriba de todo el niño ó niños envueltos en una tilma, que allí van durmiendo; á los lados van los papagayos y las guacamayas, que crían y cuidan para tomarles las plumas y adornarse con ellas, y además penden las pesuñas de los venados matados por el marido, ensartadas en unos cañutos de caña, que con los huesos de los mismos cuadrúpedos van haciendo ruido como cascabeles: el hombre carga á la espalda los muchachos grandecillos, y en esta forma la pareja lleva toda su hacienda. Comen en los caminos y en la guerra un poco de maíz tostado, y como alguno derraman, si van muchos juntos les siguen los cuervos para comer el desperdicio, y ésta era señal para descubrir que se acercaban.

Es gente mediana de cuerpo, bien agestada y proporcionada, de color no muy oscuro, y no se rayan el rostro sino los de la provincia de Baimoa; son alegres y conversan con afabilidad y risa; ni son huraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados, ni temerosos, sino atrevidos y muy liberales, que acostumbran poner á la puerta de su casa una olla de pinole, y de ella bebe todo el que pasa, sea propio ó extraño. Gozan de buen entendimiento, prosiguen con tezon lo comenzado, y no les eran ajenos algunos rasgos caballerosos. Jugaban á la pelota á la manera de los méxica, y les era familiar el *patolli*. (1) Nos hemos detenido

(1) Alegre, Hist. de la Comp. tom. 1, pág. 193 y sig. D. Fernando Ramirez, art. Acaxees en el Dic. Univ. de hist. y de geogr.

un tanto en la descripción de este pueblo antropófago, porque siendo de filiación nahoa, sirva para comparar con los pueblos civilizados de la misma raza.

De la misma familia acaxee eran los *papudos* y los *tecayas* que vivían hácia el mineral de Topia, (1) y los *baimoas* que vivían hácia el N. Les correspondían también los *sabaibos*, situados entre los tebaca al N. y los *xiximes* al Sur. (2)

Los *xiximes* tenían al N. á los acaxees al E. y S. los *tepehuanes*, al E. á los nahoa, al S. los nahoa y *tepehuanes*. Vivían en el corazón de la sierra, en los puntos más escabrosos é intransitables. Era sin comparación la tribu más bárbara y brutal; enemiga jurada de los acaxees con quienes estaba en continua guerra. Más que ningunos otros salvajes, tenían la repugnante y atroz costumbre de comer carne humana; y no solo era la de los prisioneros que en sus manos caían, sino que, para proveer de sustento á su familia, salían á las montañas en busca de un acaxee como á caza del venado: los huesos y las calaveras los colgaban como trofeos en las paredes y puertas de sus habitaciones y en los árboles cercanos. En el traje y en las costumbres eran semejantes á sus vecinos: traían largo el cabello, trenzado con cintas de diversos colores, usaban de las mismas armas que aquellos, y hablaban lengua propia, aunque hermana de la acaxee.

Los *Tebaca*, de la familia de las tribus acabadas de nombrar, quedaba al O. de los acaxee.

En el actual Estado de Sinaloa, hácia el término del nahoa, siguen al N. muchas pequeñas tribus con nombres diferentes. Sobre el río llamado hoy del Fuerte, comenzando por su origen en las montañas, se veían los *sinaloas* que dieron nombre á la comarca, y siguiendo al O. los *tehuecos* ó *teguecos*, luego los *zuaques*, y hasta tocar con el mar los *ahomes*. Los *vacoregues* ó *guazaves* vivían en las playas del Pacífico, sustentándose de la pesca; se decían venidos del N. en cuyo suelo colocaban el paraíso y la habitación de las almas de los muertos, en cuya memoria, por un año entero, daban grandes gritos y sollosos, una hora ántes de

(1) Alegre, Hist. de la Com. tom. 1. pág. 379.

(2) Alegre, Hist. de la Comp. tomo 1, pág. 422. Visita del Obispado de Durango por el Illmo. Sr. D. Pedro Tamaron, Obispo de su Diócesis. MS. en poder del Sr. D. José Fernando Ramirez.

salir y de ponerse el sol. Los *batucaris*, que eran cazadores; los *comoparis*, tambien pescadores, ocupaban una península á siete leguas de Ahome; de carácter feroz y valientes. Los *zoes*, *tzoes* ó *troes*, venidos del N. junto con los ahomes vecinos de los sinaloas. Los *huites* brocos, y desnudos vagabundos. Las pequeñas tribus de los *ocoroní*, *nios*, *ohueras*, gente bosal, *cahuimetos* resavidos y serranos, *chicoratos* y *basopas*, *chicaras* vecinos de los *chicoratos*, etc.

Segun los autores que nos han servido de guía, (1) habitan estos bastos países muchas diferentes, aunque pocas numerosas naciones. Causan la diversidad el idioma, ó solo la situacion de la ranchería, y frecuentemente solo la enemistad entre pueblos del mismo origen. Las chozas son de bejucos ó de carrizos entretrejididos, sostenidos por horcones, con los techados de madera revocada con barro; en los pueblos de la Sierra, y en algun otro, había ademas dos grandes casas de piedra, en la una de las cuales se recogían de noche los hombres y en la otra las mujeres, para estar espeditos los guerreros caso de una sorpresa. Para defenderse de las inundaciones, formaban sobre los árboles más juntos una especie de tablados, con tierra encima, para poder encender fuego. Las puertas de las casas eran muy bajas, y delante de ellas había un cobertizo ó portal á cuya sombra pasaban los calores del sol, y en cuya parte superior ponían á secar los frutos. Cultivaban maíz, frijol y otras semillas groseras, sembrándolas á corta distancia de sus chozas, recogiendo la cosecha á los tres meses: conocían la tuna, la pitahalla, y las frutas silvestres; de éstas y del maguey sacaban bebidas embriagantes para sus fiestas. La embriaguez no era vicio particular y vergonzoso, sino público y autorizado; se ponía principalmente en ejercicio en las juntas en que se deliberaba la guerra y al salir á campaña. Al tornar de la guerra, plantaban en una lanza la cabeza, brazo ó pié de los enemigos muertos, bailando al rededor al son de roncós atambores y descompasados gritos, añadiendo cantos que tenían por asunto alabar á la nacion y afrentar á los

(1) Historia de los triumphos de nuestra Santa Fee entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe; Conseguido por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesus en las Misiones de la provincia de Nueva España. Escrita por el P. Andres Perez de Rivas, Provincial de la Nueva España, natural de Córdoba. Madrid, 1645. —Alegre, Hist. de la Comp. tom. 1, pág. 239-35.

vencidos. Concurrían al baile las mujeres y los jóvenes; terminado, solo los guerreros tomaban parte en las libaciones y en fumar tabaco en cañas delgadas y huecas: fumado el tabaco en compañía de nacion diferente, nacía una alianza solemne, cuya transgresion se vengaba cruelmente. Sus armas el arco, la flecha con ponzoña que siendo fresca no curaba antídoto alguno, porras pesadas de madera, picas ó chuzos de brazil; las defensivas consistían en escudos ó adargas de cuero de caiman: pintábanse rostro y cuerpo de colores brillantes, adornándose con plumas de guacamaya.

Gozaba particular estimacion la virginidad. En algunos pueblos, las doncellas traían al cuello una concha nácar primorosamente labrada, señal de su condicion, siendo muy grande afrenta perderla ántes del matrimonio. Este se contraía solo con el expreso consentimiento de los padres; á su presencia y á la de los parientes, quita el marido á la desposada la concha de las vírgenes. Se repudia á la mujer por pretextos libianos, y solo los jefes pueden tener varias esposas: las doncellas caminan por los campos, de una en otra nacion, sin temer el menor insulto. Hombres de trato infame había en Culiacan y en Chiametla, casos se daban en Sinaloa, mas todos eran mirados con desprecio y horror.

No reconocían gobierno ni ley; el poder de los jefes consistía en ciertas distinciones concedidas á su nobleza, y en la facultad de convocar á la tribu, para emprender guerra ó concertar alianza. La ancianidad gozaba de las prerrogativas de los nobles; la edad y la sangre eran superiores al valor y la gloria militar. Las mujeres se cubrían de la cintura abajo con lienzos de algodón; los hombres andaban de comun del todo desnudos. Jamás reñían con los de su pueblo, ni con sus aliados; practicaban generosa hospitalidad con propios y extraños, ménos con los enemigos. El homicidio, el hurto, el engaño, el trato infame casi no tenía ejemplar entre ellos; la carne humana la comían solo los pueblos de la sierra. No tenían altares ni ídolos, ni culto de ninguna clase, y solo tenían miedo á ciertos ancianos, especie de médicos, que gozaban reputacion de hechiceros. Su única ceremonia consistía en encender una gran hoguera en la plaza del pueblo, á cuyo rededor se sentaban los guerreros y los ancianos,